

El ser despreciable que fui

Andreina Hagenaar Satizabal



Capítulo 1

El ser despreciable que fui

En el supermercado local se le ve caminar en los pasillos, compra café amargo, amargo como sus días, azúcar para endulzar la tristeza, y galletas para acompañar su soledad, El señor al final del pasillo al verla, cambia de dirección y toma el pasillo de atrás. Ella se dirige a la para pagar, como es de costumbre, mira el rostro de la cajera que no muestra ningún tipo de amabilidad ni simpatía. Son 35,70, le dice, sin siquiera ofrecer los buenos días.

Saca una bolsa de su cartera y pone sus cosas allí, mientras piensa para sus adentros: un poco de amabilidad le vendría bien a este pueblo de mierda.

Cuando levanta la mirada se encuentra frente a ella una mujer joven que no quiere mirarle de frente y que usa el rabo del ojo para asegurarse que aún sigue ahí.

Camina hacia la salida del supermercado y trata de acostumbrarse a pesar de que ya son más de 5 años que se mudó a ese vecindario.

Camino hacia su apartamento se encuentra con un joven que camina con su perro y que al verla cambia de dirección hacia el otro lado de la calle.

Ella no acostumbra a salir demasiado, ya está habituada a la frialdad de ese pueblo que no tiene buena memoria.

Con su bolsa en la mano se aproxima a una casa donde dos mujeres conversan frente la puerta pero al notar que se aproximaba se disolvieron, una se metió dentro de la casa y la otra caminó hacia la calle contigua.

Acostumbra a mantener las ventanas cerradas, habla con sigilo misma mirándose al espejo:

Ya olvídate, hasta cuando vas a seguir sufriendo por él. El ya no te amaba, él ya tenía otra.

A veces reía sin parar, y a veces lloraba sin consuelo.

En el kiosco de la esquina casi enfrente de su edificio, decide comprar el periódico del día. El hombre del kiosco no da los buenos días solo le dice: Un euro con 35 centavos.

Ella toma el periódico, lo abre, ojea la portada, echa una mirada a las noticias, lo cierra y mira hacia el frente. Sube a su apartamento y deja el periódico sobre el mueble en el que se puede leer:

A 11 años del terrible crimen, el pueblo de Los Cedros no perdona a su autora, quien fingió demencia para justificar el asesinato de su esposo Franco (32) sus dos pequeños Freddy (9) y Frida (4).